



UNA maestra conversaba con Anita, niña de catorce años, a quien ella apreciaba. La estaba invitando a rendir su vida al Señor Jesús.

Hoy no –dijo la niña– soy mucho muy joven. Quiero gozar de la vida. Quiero dis-

frutar los placeres del mundo. Ya vendrá el día cuando tome en serio la buenas cosas que usted me enseña. Puede usted estar segura que algún día daré mi corazón y mi vida al Señor Jesús, pero no lo quiero hacer hoy.

La maestra quedó triste al escuchar esta palabras, palabras que expresan el sentir de muchos jóvenes el día de hoy.

Poco después de esta plática la niña celebraba su cumpleaños. Entre los regalos que recibió había una hermosa caja de flores. Le encantaban las rosas y se apresuró a abrir la caja para admirarlas. Desató el listón, destapó la caja, pero... ¡Qué sorpresa! ¡Qué desilusión! Contempló rosas que habían sido hermosas, pero ya estaban marchitas. Perduraba un rastro de su perfume y se distinguían apenas los exquisitos colores de las que fueran flores primorosas. Al levantar una rosa para mirarla más de cerca los pétalos cayeron al suelo.

Decepcionada, la niña preguntó: ¿Por qué habrá enviado mi maestra flores tan secas y deslucidas?

Esa misma tarde la maestra vino a visitar a su alumna. Salieron a pasear juntas y después de platicar un rato preguntó la maestra: Anita,

¿te gustaron las rosas que te mandé hoy por la mañana?

¿Las mandó usted hoy? –preguntó Anita– Entonces, ¿me regaló usted, a sabiendas, flores tan feas?

Sí –respondió la maestra– te mandé rosas marchitas. Pensaba que así te gustarían.

–No, maestra, a mí me gustan las rosas recién cortadas. La frescura y la fragancia son lo que aprecio en las flores. Marchitas, ¿para qué sirven?

Cariñosamente la maestra hizo la siguiente explicación: Anita, cuando te instaba a entregar tu corazón a Cristo me decías que aún no lo querías hacer. Pensabas esperar algunos años y cuando estuvieras acabada y marchita, entonces consagrarías tu vida al Señor Jesús.

No tuvo que decir más, la ilustración conmovió a Anita. Reconoció cuán torpe era su actitud. Pensaba ofrecerle a Dios su vida en una forma tan indigna y tan vil que se abatía de vergüenza. Tras largo silencio dijo: ¡Oh maestra! ya comprendo, hago mal en dejar pasar los años. No quiero darle a Dios una vida gastada y marchita. Hoy mismo quiero entregar mi corazón, mi voluntad, todo lo que valgo y todo lo que soy a Cristo.

Añadimos un mensaje para usted tomado de la Biblia: *Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento* (Eclesiastés 12:1).

El transcurrir de los años, lejos de hacer más fácil su decisión de entregarse a Dios, le hará perder su habilidad de escoger y la fuerza de voluntad necesaria para acordarse de Dios.

Lector: no le presente **“ROSAS MARCHITAS”** a Dios. Entréguese a Cristo **HOY**.

SERIE: AVISO OPORTUNO

Un suplemento de:

“EL SEMBRADOR”

Periódico Trimestral

Si desea conocer más de estas verdades, lea su Biblia, hable con quien le entregó este folleto, o escribanos a:

“EL SEMBRADOR”
Apartado Postal 28,
C. P. 94300, Orizaba, Ver., México.

E-Mail: elsembrador@elsembrador.org.mx
Página Web: www.elsembrador.org.mx